

FILMS SELECTOS

Filmoteca
de Catalunya

0'50 cts.

3162

40
cts.

JEAN HARLOW



BOOTS MALLORY
(Foto 20th Century Fox.)



LOS INNOMINADOS

El señor N. N., ese actor innominado que aparece en las películas, cumple con su deber discretamente y desaparece, siempre ha despertado mi curiosidad y ha captado mi atención. Su precario arte, sin reminiscencias de inusitadas y pseudogeniales intuiciones, cala tan hondo en mi sensibilidad, que escasas veces logro desasirme de su actuación. Y cuando llega el mutis en que el innominado desaparece definitivamente, mi curiosidad lo sigue y mi atención se desparrama en su busca, seguro, certísimo, de que la película desde aquel momento ha perdido su engranaje con la vida amplia y de todos, para pasar al plano inferior, familiar e íntimo, y convertirse en una vida más reducida y estrecha, menos interesante y atrayente.

La presencia de los innominados en las películas me presta tal sosiego moral, que con ellos a la vista soy capaz de soportar, quieto en mi asiento y sin pestañear, las más inicuas inmundicias artísticas. Jamás «estrella» alguna me ha parecido insoportable con un señor N. N. al lado. Nunca me he cubierto la cara con rabia y pudor ante el cinismo o ignorancia de ciertos celeberrimos actores, cuando uno o varios señores N. N., con su anonimato gregario, han prestado, a la frialdad del arte falso y exquisito de aquéllos, el calor y confusionismo del arte real y verdadero, que siempre es duda, torpeza superada, error enmendado, equívoco deshecho, inocente indecisión, ingenuo atolondramiento, como lo es la vida y como lo es la acción del hombre sobre la tierra.

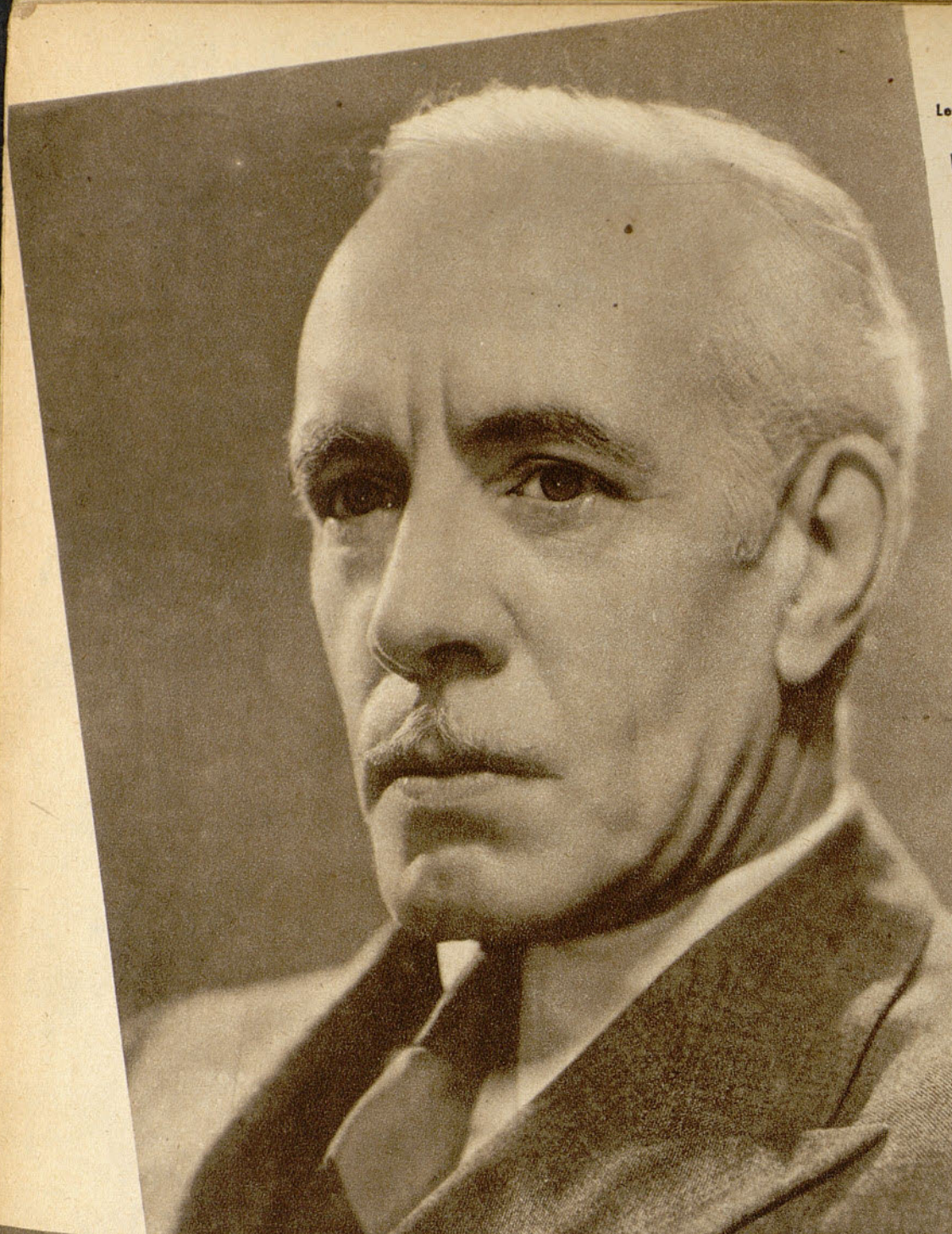
No recuerdo en qué película —que jamás olvidaré—, cuyo asunto, forjado con miras al lucimiento de sus principales protagonistas, es un sencillo correr de episodios de amores y celos, en la que tres innominados, en una insignificante nota ambiental y pintoresca, realzan de tal modo el escaso valor artístico de la cinta, que lograron con su actuación hacerme olvidar los nombres famosos que me hicieran entrar en el salón en donde la vi, y saliera de él más que satisfecho del rato tan agradable que había pasado.

Observé además, en esta ocasión, que los señores N. N., acaso por el obligado endiosamiento en que viven los grandes actores y por lo lejos que su privilegiada posición los coloca del fluir y refluir de las multitudes, dan a su actuación el tono justo —con seguridad sin proponérselo—, y la elasticidad propia, el estira y encoge exacto a su rostro, interpretando, con discreta fidelidad, el esfuerzo anímico que el hombre hace para subrayar todas sus acciones con gestos, cosa que desde hace tiempo vengo comprobando, han descuidado por completo los «ases» y «estrellas».

Otra de las virtudes de los innominados es su modestia. Se dirá que sus aptitudes, o el aprecio que de ellas han hecho los directores, no les permite estar envanecidos. Esto es verdad. Pero si en efecto fueran inmodestos, mostraríanse así cuando el reparto de una película los convierte en hombres famosos, en sabios eminentes, en políticos célebres o escritores geniales. Y eso no sucede. Viéndole a un innominado uno de esos personajes señeros que a veces el azar de los repartos pone en sus manos, dan ganas de seguir uno su vida de insignificante espectador.

Por todo lo expuesto los innominados cuentan con mi simpatía y con mi adhesión. Y de responder mis observaciones a la realidad —coincidencia ¡ay! muy difícil—, el sistema «estelar» del cine será sustituido por otro de «asteroides», ya que juntos éstos, y por medio de la reflexión de la luz que de las multitudes reciben, les será fácil cubrir con sus haces la luz propia de las «estrellas».

Antonio ORTS-RAMOS



Lewis Stone.

CALANES seductores, de arrogante figura y gallardo aspecto... Tipos varoniles de juvenil atracción... Proce-
sion continua de triunfos respaldados
actores que han de triunfar respaldados
por sus conquistas... Triunfadores hoy, ros-
tros olvidados mañana...

Citaremos nombres a millares. De ayer,
una legión innumerable; de hoy, George
Raft, suave y complicado; Clark Gable, iróni-
minador y terco; Herbert Marshall, iróni-
co y sobrio; Franchot Tone, apasionado y
travieso; en fin, una lista interminable
que continuamente aparece ante nuestros
ojos en trepidante desfile, al compás de
la marcha estruendosa del éxito.

Pero no trataré hoy de ellos; mi pluma
intentará sólo recordar la simpatía de unos
cabellos blancos, que, como hebras de pla-
ta purísima, ennoblecen las testas de unos
artistas que no necesitan más que su arte
para cautivarlos y ante los cuales deposito
mi tributo de admiración sincera.

LEWIS STONE

Nadie puede disputarle su bien ganada
fama de eterno Don Juan. Su simpatía
fluye a través de todos sus actos.

Actor perfecto, ha sabido evolucionar al
compás del implacable reloj de arena que
nos precipita a la muerte. Su carrera cine-
matográfica no tiene paralelo, porque sólo
él puede exclamar con orgullo legítimo:

«No he dejado que el tiempo, el enemi-
go más temible de los artistas de la pan-
talla, me arrojara al foso del hastío, como
materia inservible. Al contrario. Yo sigo
como ayer, en un sitio privilegiado. Ful-
galán, pero supe adaptarme a las circuns-
tancias y crear en cada nueva producción
una variante que yo podía infundirle
con la realidad que yo podía infundirle
vida. Las canas, de pronto, asaltaron mis
sienes y no quise recurrir a tintes ni afe-
tes. Alguien llegó a decir que era una co-
quetaría mía. Nada más lejos de la verdad.
Bien pronto el invierno de la vida nevó
sobre mi cabeza y comprendí entonces todo

ROSTROS ANTE LA CÁMARA

LA SIMPATÍA DE UNOS CABELLOS BLANCOS

el acierto de mi decisión de no querer represen-
tar lo que no era.»

Cierto es. Siempre nos ha sido simpática la
distinguida figura de este gran actor, pero nunca
mágico imán de su señorial prestancia, de caba-
llero de blancos cabellos.

HARRY BAUR

Otro artista, otra orientación. La personifica-
ción cinemática de la bondad calmada y resigna-
da. Que por constante y callada parece más que
bondad, apostolado.

Le hemos visto en varias cintas. Le recordamos
de gran artista en «Trágica atracción», pero en
«Los miserables» se nos presenta en varias fases
de la vida de Jean Valjean, como el mejor actor
de carácter del cinema francés y uno de los me-
jores de Europa.

Harry Baur, de rostro lleno y surcado por las
arrugas, surcos que va dejando la vida, tiene el
más completo acierto en «Los miserables» al re-
presentar al señor Magdalena —una de las trans-
formaciones de Valjean—, poniendo sobre su ca-
beza de patriarca la albuza de unos sedosos ca-
bellos.

Es de una dolorosísima tristeza la transforma-
ción que aquella venerable cabeza va sufriendo
con el paso de los años y las vicisitudes. Pierde
intensidad y potencia la belleza del abundante pelo
blanco, pero gana en dramatismo la totalidad del

Harry Baur.

rostro, cuando tras la horrible marcha
por las cloacas de París, sale de nuevo
a la superficie, llevando a nuevas
cuerpo de Mario. Queda bien definido
el importante papel que desempeña en
esta caracterización, que logra reflejar,
con todo dramatismo el triste destino
de una vida, sólo redimida a fuerza de
dolor y renunciación.

Guy Kibbee.

GUY KIBBEE

Una cara muy redonda y gordinflona.
Con unos ojos pequeños como chispas
de centella, poco inquietos y danzarines.
Sonrisilla de colegial cogido en primera
fechoría. La frente, ancha, se pierde ha-
cia atrás en busca... de los contados y
rebeldes pelos blancos que honran aque-
lla testa de pillastre impenitente.

Es como un tren que no quisiera nun-
ca llegar a su estación de destino. Sabe
que el tiempo le empuja, pero él qui-
siera poseer la receta del elixir que
transformó a Fausto. Entretanto lo des-
cubre, va siguiendo el primer par de lin-
das pantorrillas que le ponen a tiro.
Tal vez por ello, su vida es un cons-
tante «Desfile de candilejas», al compás
de «Música y mujeres», y eternamente,
bajo el dominio de los ojos conquista-
dores de todas las «Viudas habaneras»
que se atraviesan en su camino de tene-
rio de guardarropa.

Y la explicación está en que siempre
fué en busca del amor y sólo pudo lo-
grar malos amores. Fué chiquillo ilusio-
nado y puso fe y pasión en Ella, pero
sin suerte, y sus ojos vivos y brillantes
no quisieron desesperanzarse de dar al-
gún día con la deseada.

Pero el curso de los años fué dejando
señales de su paso en lo físico, sin que
en su alma se operara el cambio nece-
sario. Cruel destino, tener alma de niño
y cara de viejo. Rojo en el corazón y
blanco en las sienas.

Sólo tiene una redención posible. Que
algún día, o mejor dicho, alguna ma-

drugada, cuando al salir dando tumbos de la cotidiana
juerga, se enfrente con un espejo, tenga la suerte de ver
con los ojos del alma, aquel escaso mechón de hilachas
de su propia vida, que de tanto avergonzarse se volvieron
blancas.

FRANK MORGAN

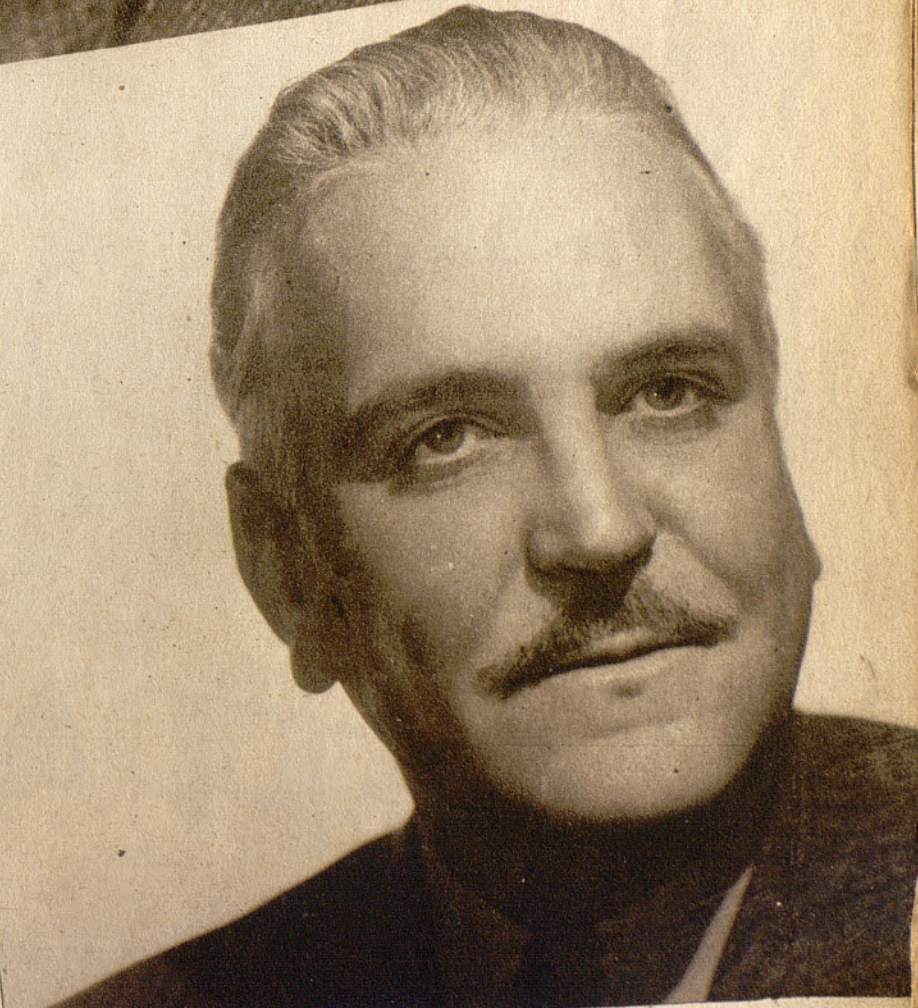
«Un perfecto caballero»... Eso es. Un perfecto caballero.
Un hombre que no puede olvidarse de su correcto vestir,
y que toda su ilusión la puso en la nobleza del nombre
revalidada por la bondad del alma.

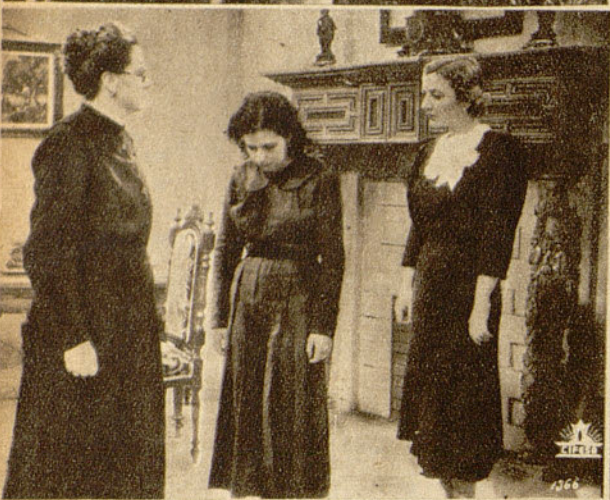
También tienen sus blancos cabellos una significación
definida. Puede enamorarse o no; es indistinto. Pero no
perderá jamás su elegante toque de hombre de mundo. Si
en su bondad tiene que rozar el pavoroso ridículo, terrible
fantasmón que tanto tememos los mortales, sabe sonreír
con una serenidad inigualable. De su risilla pende como
un perdón para el causante, y al propio tiempo que su
actitud parece fingir indiferencia, la albuza de su pelo exi-
ge una reparación o impone un castigo contra la iniquidad.

Si llega el caso, sabe también por su dama romper una
lanza, como los antiguos Templarios, y hasta hay quien
dice que no siempre la juventud de su rival ha podido
derrotarle. Ya véis, pues, que así podríamos ir detallando
otros muchos rostros, que, sin darnos una explicación ni
un por qué, les radica su principal e innegable persona-
lidad, en sus blancos cabellos.

Pero no podríamos terminar nuestra divagación de hoy,
sin hacer una advertencia. ¡No peñamos ni una mala
canal Y, además, sabemos de muchas cabezas nevadas que
jamás tendrán en la pantalla, por suerte
de todos, ni el más pequeño gran plano. Emilio CALVO

Frank Morgan.





El cine es un arte de expresión y de técnica; pero en su esencia está influenciado por la literatura descriptiva y profundizante. Hasta que se llegó a plasmar en él la espiritualidad de los seres creados en imágenes de celuloide, el cine no tuvo categoría artística.

Hoy, la técnica y la expresión cinematográficas, son complementos empleados en el dibujo de la psicología de las figuras que aparecen en la pantalla. Desde luego, no tienen una vulgar categoría complementaria, sino otra muy principal. El cine sin técnica o sin expresividad, pierde características y deja de ser cine auténtico.

Asimismo sucede con el cine carente de influencia literaria, que lo humaniza, al profundizar en el ambiente, en los tipos y en las anécdotas que desarrolla. La literatura, en el cine, está representada

matográfica, esencialmente literaria, es «Ex-tasis», hecha de técnica, expresionismo y poesía, que son como tul finísimo que veda la crudeza de un concepto demasiado real para exponerlo en tonos fuertes.

Cierto que existe un cine compuesto de técnica y expresión, llevado con dinamidad e ingenio, como el yanqui, al que no puede negársele su influencia espectacular, pero sin discutir su grado artístico. Hemos de convenir en que el cine americano tiene más características de industria comercialmente exuberante, que de arte;

graron hallar en todos los ambientes, desde el más frívolo al más tosco.

El cine de la Europa central y oriental, raras veces abandona la influencia de la literatura; de ahí que nos haya presentado en tantas ocasiones, tipos y temas

fué siempre acertada; se supeditó demasiadas veces a nombres y personalidades que, si bien muy destacadas en el arte y en las letras, no eran las indicadas para

FilmoTeca

sona ha llegado al campo cinematográfico con la misma pujanza que revela su personalidad de comediógrafo. No ha sido, precisamente, con un asunto inédito, que nos descubriese un nuevo estilo del laureado autor de «La sirena varada», sino con su ya célebre «Natacha», «Nuestra Natacha», obra que se ofrece con una inigualable elasticidad para el realizador cinematográfico, que puede hacer con su ambiente y sus tipos una filigrana filmica.

No hemos de oponer reparo alguno a la elección de «Nuestra Natacha», entre las tres obras originales que se le conocen, para verirla al cine. De todas ellas es la más cinematográfica porque el tema que desarrolla el autor, en el teatro luchaba con el raquitismo del escenario, teniéndose que supeditar a unos límites y a una técnica que, incluso, llegaban a empujarse el valor del concepto.

¡Aquellas escenas amargas en el reformatorio, que en la escena teatral sólo percibimos como relación! ¡El emocionante y ejemplar amasamiento del pan, con el íntimo orgullo de quienes han logrado salir triunfantes en una labor difícil, penosa si se quiere, pero que ennoblece! ¡Y la adolescencia de Natacha, llena de rebeldías!

Todo esto que Alejandro Casona nos cuenta en el teatro por boca de sus personajes, como cosas que fueron, pero nunca como hecho palpitante, actual, presente; la versión cinematográfica tendrá la virtud de mostrárnoslas, con crudeza o con recóndita ternura, pero, de todas formas, precedidas de un hondo sentido humano.

La adaptación de «Nuestra Natacha» al cine, puede representar el triunfo de la literatura en el séptimo arte, en un país como España, en el que ninguna tentativa ha llegado a lo definitivo.

Cuando el cine sabe ser reflejo de la realidad, entonces empieza a adquirir categoría de arte; éste es el proceso en que se encuentra el cine español. Pero cuando llega a ser alma de la realidad misma, cuajan todas las cualidades en un arte auténtico y definitivo. «Nuestra Natacha» puede llevar consigo el voto dirimiente sobre el futuro inmediato de la cinematografía nacional.

Gonzalo de A. PIE

Ilustran este artículo varias escenas del film de Cifesa, «Nuestra Natacha», realizado por Benito Perojo, con Ana María Custodio, Rafael Rivelles, Pastora Peña, Blanca Negri, Manolo Díaz y Valentín González como intérpretes principales.

CINEMA



Alejandro Casona, con las dos intérpretes femeninas de la «Natacha» cinematográfica y el realizador Benito Perojo, en los estudios de Aranjuez en un descanso del rodaje.

llegar tan directamente al cine.

Día tras día llegan al cine autores procedentes del teatro, los cuales hoy ya constituyen una pléyade; pero para un arte que necesariamente debe nutrirse de conceptos nuevos, que sepan afrontar valientemente el encono de la crítica retrógrada, entre los modernos literatos españoles, quizá tan sólo Alejandro Casona es un elemento preciado; para nosotros tanto como lo ha sido Pirandello en el cine universal y pudiera serlo Benavente.

Con toda la aureola de sus grandes éxitos teatrales, recientes pero bien definidos, Alejandro Ca-

de la más recia envergadura psicológica.

España, rezagada en todas las manifestaciones del arte cinematográfico, también ha intentado algunas veces —Florián Rey y Francisco Camacho—, llevar a su cine la luz del arte. Actualmente, apenas si se hacía la aurora.

Nuestro cine —como la cinematografía de todo el mundo—, ha tenido que recurrir a la novela y al teatro en recerca de la literatura; pero la orientación no

salvo en aquellos casos en que —apoyándose en su propia potencia comercial—, hace un supremo esfuerzo y nos presenta producciones que merecen el superlativo. Para entonces, los yanquis han buscado en la literatura la psicología, que siempre lo-

en la concepción poética, impresionista, real... En el empuje emotivo o dramático del tema y de las figuras. Una obra cine-

LA LITERATURA EL



Roberto Rey en el «Julián» de «La verbena de la Paloma».

ROBERTO REY

ESPAÑA tiene en Roberto Rey a su «chansonnier». Con Francia lo tiene en Maurice Chevalier. Acaso Chevalier, que es desvergonzado como un pillote parísino, pone más intención y salacidad en sus canciones que Roberto Rey en las suyas. Pero el artista español —español aunque nació en Valparaíso— tiene sobre el galo la doble ventaja de su juventud y de una voz mucho mejor timbrada.

Roberto Rey trabajó durante nueve años por los escenarios españoles, sin lograr que su nombre adquiriera cierta resonancia. Era, según él mismo asegura, un aprendiz de cómico, tal vez algo aventajado, pero nada más. Y en cómicó del montón se habría quedado, si sus inquietudes y su ambición, no lo hubieran empujado a París, ciudad que se abre a todos los horizontes del arte y las luminosas perspectivas de la fama.

En París impresionó discos y figuró en algunos cuadros españoles de revista de «music-hall». Pero a pesar de todo esto, continuaba casi ignorado.

Por entonces ambicionaba ser artista de la pantalla, no sólo porque le atraía, como a tantos otros, el nuevo arte, sino porque sabía que el cine es el único espectáculo capaz de «fabricar» una celebridad en unas cuantas horas. Y así fué, porque contratado por la Paramount, después de muchas idas y venidas a sus estudios de Joinville, logró que se fijaran en él y que lo contrataran por seis meses.

La Paramount lo eligió para protagonista de un film hablado en español.

Roberto Rey se colocó ante la cámara completamente azorado. Aquel ojo terrible que espiaba todos sus movimientos le causaba verdadero pánico. Pudo, sin embargo, calmar en seguida sus nervios. Sus ademanes, sus gestos, empezaron a ser seguros, precisos. Cantó luego, a media voz, ante el micrófono, con modulaciones perfectas, pronunciando claramente cada sílaba, cada palabra, cada frase de la canción. Pasaron en la pantalla aquellas primeras escenas. Su figura, su rostro, daban una calidad fotogénica. Su voz tenía valor fototónico.

Aquella primera película, tenía un título simbólico: «Un hombre de suerte». Y un hombre de suerte fué en aquella ocasión, decisiva para su porvenir artístico, Roberto Rey.

LUEGO de interpretar varios films en Joinville, Roberto Rey se marchó a América. En el nuevo continente, su nombre empezó a obscurecerse. No es que bajara la categoría artística del que había empezado en el cine siendo astro, es que Roberto Rey es un muchacho inquieto, de espíritu aventurero, que busca cada día una emoción nueva y tuvo que abandonar América, dejando en Hollywood el rastro de algunas aventuras galantes, que pudieron tener un final dramático.

Y vuelta al teatro. Un contrato le llevó a la Habana, que pasaba por un período hondamente revolucionario. Roberto Rey actuó en la Habana en circunstancias tan espectaculares, a no ser por su popularidad, que le evitó ser detenido o asesinado como les aconteció a varios líderes del movimiento insurgente.

DURANTE otro año actuó en los salones de cine de varios países de Europa y América, cantando canciones. Parecía no pensar ya en el séptimo arte, puesto que rechazó algunas ofertas que le hicieron para trabajar en los Estudios. El actor que empezó tan bien en la pantalla, no quería de nuevo asomar su rostro en los primeros planos, prefiriendo trabajar en un escenario, frente al público y escuchar directamente sus aplausos.

A pesar de sus éxitos como «chansonnier», su fama se obscurecía. La fuerza de expansión que tiene el cinema, no la posee ningún otro arte. El artista más infimo del lienzo cinematográfico, tendrá siempre más popularidad que el actor más eminente de teatro y que el cantante más notable.

Y Roberto Rey, un buen día, decidió regresar a España, donde la producción cinematográfica va adquiriendo importancia.

Benito Perojo, que lo dirigió en su primer film —«Un hombre de suerte»—, le ofreció de nuevo la ocasión de actuar ante la cámara con una película de asunto españolísimo —«La verbena de la Paloma»— y con un papel altamente simpático, en el que podía lucir como galán y como cantante: el de «Julián».

Se habla ya, aunque se mantiene cierta reserva aún, de que Roberto Rey interpretará otra cinta en España, bajo la dirección de Perojo, único director nacional con el que ha trabajado hasta ahora.

Y se asegura que Roberto Rey se presentará esta vez en un papel cómico, de muy distinta psicología, por lo tanto, que el castizo «Julián» de «La verbena de la Paloma».

Mateo SANTOS



el
«chansonnier»
español

PAT O'BRIEN

el falso periodista que al periodismo debe su popularidad, jamás ha escrito un reportaje ni una vulgar gacetilla



HASTA hace poco, la especialidad de Pat O'Brien eran los papeles de «columnista». En plena boga las películas de ambiente periodístico se hacía poco menos que imprescindible en los estudios cinematográficos. Su nombre va unido a la historia del gangsterismo y la delincuencia, que tan bien han sabido reflejar en la pantalla los propios hijos de Norteamérica. Se caracteriza por el desenfadado, la agilidad y el dinamismo que imprime a su arte. Es difícil olvidar sus maravillosas caracterizaciones de periodista que le han hecho adquirir un sólido prestigio y entrar de lleno en la interpretación de películas de otro género.

Hay quien cree que Pat O'Brien fué periodista antes de aparecer en las tablas y en la pantalla. Pero nada más lejos de la verdad, supuesto que este excelente artista irlandés, especializado en papeles de «cazador de noticias», jamás ha escrito un artículo ni un reportaje sensacional. Lo que sí hace es leer mucho. Las faltriqueras de su americana casi siempre van llenas de papelotes. Le apasionan las crónicas de escándalo y los grandes sucesos. Tanto es así, que algunas veces llega a creerse el verdadero autor de lo que otros escribieron.

Es de temperamento tan nervioso y reconcentrado, que mientras está leyendo suele consumir su cigarro puro sin haberlo encendido. Al acomodarse lo hace de manera extravagante, adoptando posturas raras como en muchas de sus películas. En ocasiones se levanta presto de su asiento para gritar sin que nadie le oiga.

—¡Bravo! Hay que hacer un «extra». Lo han matado; pero yo sé quién es el asesino.—

Cuando su mujer, la encantadora Eloisa Taylor, le sorprende en uno de esos momentos de desvarío, lo primero que dice es que es loco y deberían encerrarle. Entonces Pat se da cuenta de su ridículo y suelta la carcajada. Por último ríen los dos y todo queda olvidado, hasta que otro día vuelve a repetirse la escena.

Este actor debe su descubrimiento al gran realizador Lewis Milestone. Si no se le hubiera ocurrido ir una noche a un teatro de Broadway, el joven actor cinematográfico acaso no sería lo que es. Pero el director de «Sin novedad en el frente», que estaba de paso en Nueva York, quiso complacer a unos amigos, asistiendo a una representación teatral. Sin embargo, el complacido fué él, pues prefirió asistir a otro teatro porque ya conocía la obra que tanto le habían elogiado. Se representaba una pieza de ambiente periodístico en la que Pat O'Brien encarnaba uno de sus personajes principales. El ac-

tor se desenvolvía con tanta naturalidad, tan despreocupado y convincente en su caracterización, que Miles tone no pudo menos que decir a sus amigos:

—He ahí un artista que podría ganar más dinero haciendo películas.—

Terminada la función, ya en la calle, volvió a hablar en tono elogioso del joven actor a quien la casualidad le había llevado a ver.

Pasó el tiempo. El gran «metteur» fué encargado de la dirección de «La primera plana», película que con el título de «Un gran reportaje» se dió a conocer en España. Entonces se acordó del actor que había visto encarnar el tipo de reporter en Nueva York y decidió ofrecerle la misma parte en el film, convencido de su triunfo. Entre las particularidades de Pat O'Brien, figura la de ser muy perezoso cuando carece de trabajo en los estudios. Entonces suele pasar largas horas en la cama, levantándose sólo para bañarse y comer. Además, en su vida íntima, acusa la misma despreocupación que en las películas. Prefiere estar en mangas de camisa que en pijama. Sin embargo, es incapaz de hacer nada a derechas si le falta su caja de tabacos. Celebra su cumpleaños el día del Armisticio.

Se cuenta que una vez un editor neoyorquino fué a ver al actor para proponerle le escribiera un reportaje sobre los artistas cinelápidos.

—Le ofrezco a usted diez mil dólares por hacerlo.—

Pat, ante la perspectiva de un espléndido viaje a Honolulu y creyendo encontrar alguien que se lo hiciera, pues él únicamente demuestra grandes condiciones de periodista en la pantalla, se atrevió a aceptar aquella oferta.

Pasaron los días. Uno de ellos, recibió una carta del editor de Nueva York diciéndole que cuándo enviaba las primeras cuartillas. Y como el astro no había encontrado quien se las hiciera, y además había percibido la mitad de dicha suma, según contrato, no tuvo más remedio que escribir el capítulo inicial de aquel reportaje.

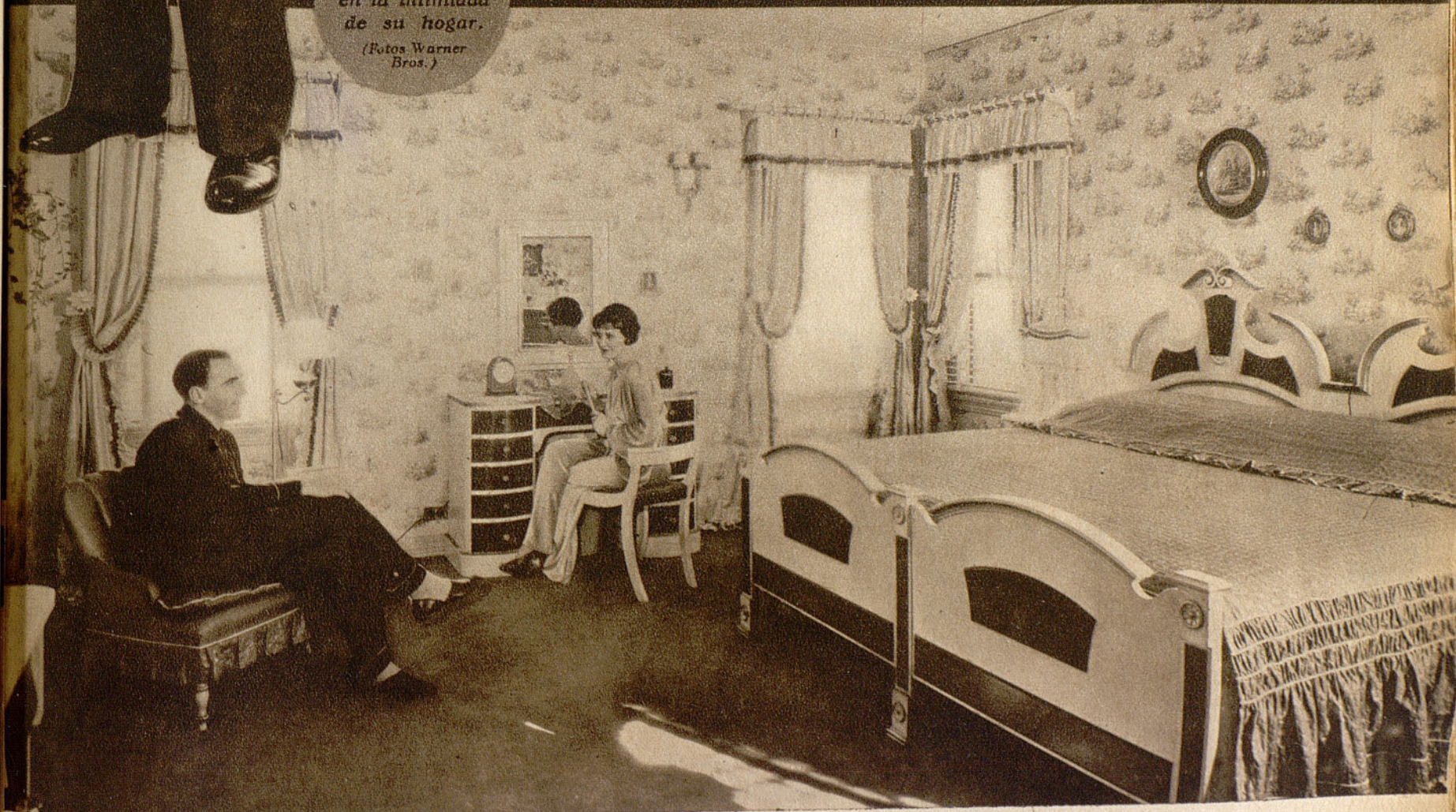
Semanas más tarde, volvía a recibir otra misiva del impresor que decía así:

«Es usted un gran periodista de ficción, pues en la realidad no tiene la categoría de un gacetillero. El dinero que le he anticipado, se lo regalo para que aprenda a escribir. — Lewis Smith.»

Pat
O'Brien
con su esposa,
en la intimidad
de su hogar.

(Fotos Warner
Bros.)

La anécdota en primeros planos



Los estudios obstruyen los planes amorosos de los actores

Manteniéndoles alejados del matrimonio perdura su popularidad



Gary Cooper

LOS gerentes de los estudios de Hollywood declaran unánimemente que los actores que se han librado de dar el consabido «sí» ejercen mayor atracción sobre el público que los casados, atracción que se traduce en mayores ingresos de taquilla. Por este motivo se insinúa a los principiantes que si quieren triunfar se prevengan contra Cupido.

FilmoTeca

El matrimonio no malogró la carrera de Gary Cooper que como protagonista de la película «Peter Ibbetson» acaba de interpretar el papel más romántico de todos los que ha representado hasta la fecha. Sin embargo, los cinematografistas sostienen que Cooper es la excepción que confirma la regla.

El último de los astros cuyo esplendor ha iluminado el firmamento cinematográfico es Henry Wilcoxon que desde que se estrenó «Las Cruzadas» ha recibido las cartas a montones.

Wilcoxon tiene la distinción, más o menos dudosa, de no haber tenido nunca novia, a pesar de lo cual recientemente, y con gran zozobra de los gerentes del estudio, manifestó que no tenía inconveniente en dar el paso fatal en cuanto haya encontrado a la mujer de sus sueños.

Otro actor que recientemente causó un verdadero pánico es Fred Mac Murray, cuya actuación con Claudette Colbert en «El lirio dorado» le hizo célebre de la noche a la mañana. Apenas habían cesado las voces de los que alababan con entusiasmo sus cualidades cuando apareció varias noches consecutivas acompañando a una misma muchacha. La cofradía de los solteros calificó esta conducta de alta traición, en vista de lo cual Mac Murray ha guardado una actitud de reserva respecto a sus intenciones matrimoniales.

Cuando Cary Grant se casó, el número de cartas perfumadas disminuyó considerablemente, pero en cuanto recobró su libertad empezó de nuevo el diluvio de misivas.

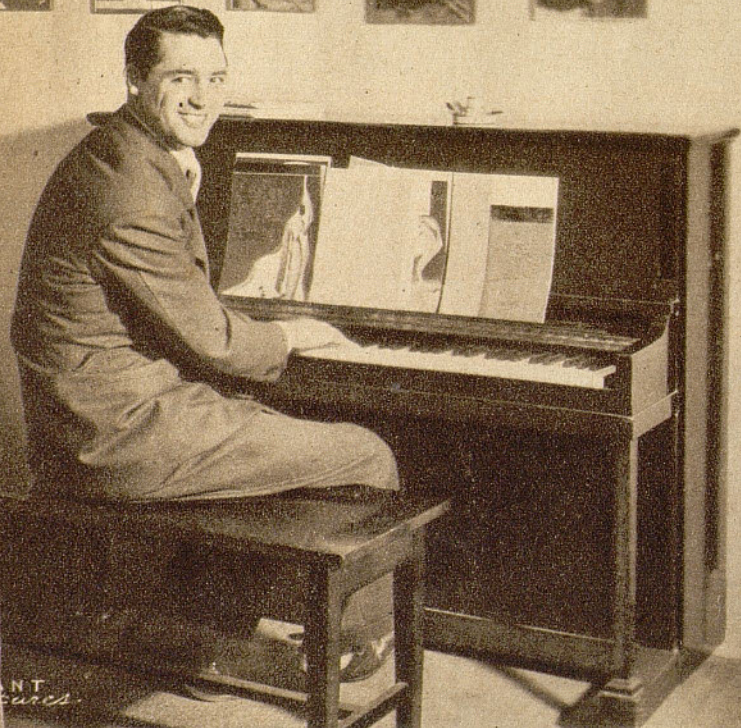
El compañero inseparable de Cary, Randolph Scott, es un solterón empedernido. Mientras estuvo ocupado en representar papeles de héroe campestre en sus películas de caballistas, nadie se preocupó de sus ideas respecto al matrimonio, pero en cuanto la Paramount le ascendió a la categoría de primer actor en una de sus películas más importantes esa indiferencia se transformó en un interés real.

(Fotos Paramount.)

Henry Wilcoxon

Fred Mac Murray

Cary Grant



GRANT
Picture



Randolph Scott

BREVE
BIOGRAFÍA
DE

TOM
BROWN

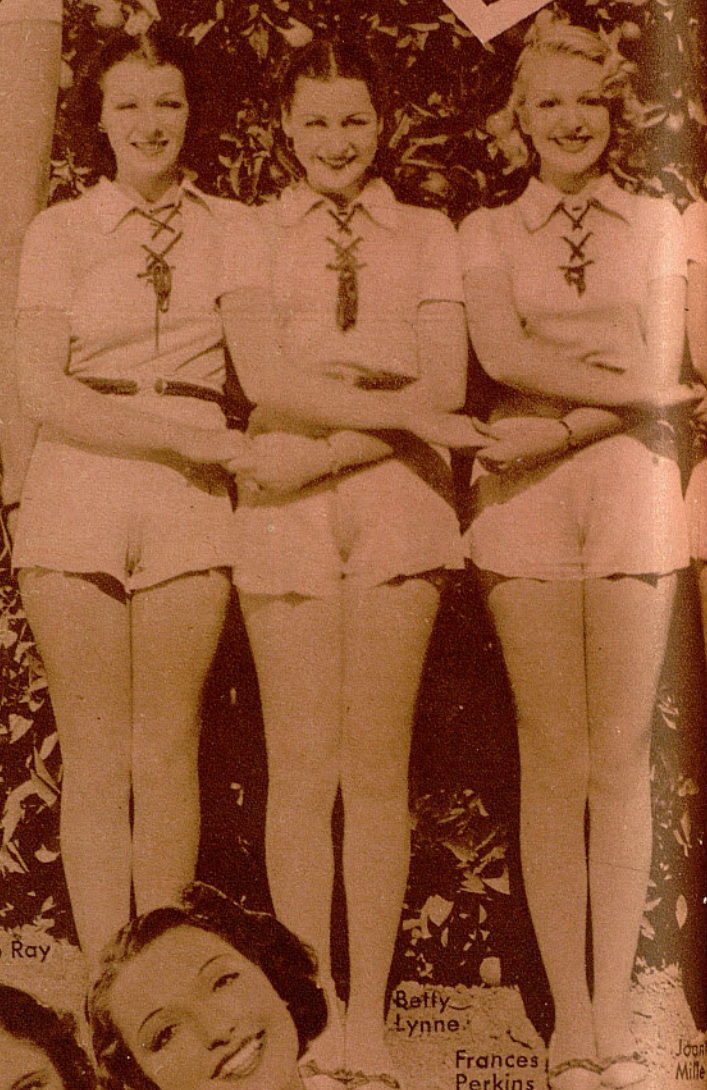


MIVE con sus padres en una modesta casa cerca de la imponente construcción conocida por el nombre de Sunset Towers. Su jardín encierra el árbol más viejo de la ciudad de Los Angeles. Figuran entre sus vecinos Mary Carlisle, Dorothy Wilson, Frances Drake y Henry Wilcoxon. Los padres del muchacho trabajaron en el teatro en otra época. Tom conserva los nombres de los admiradores que le escriben. Tiene docenas de libros llenos de nombres y direcciones. El mismo se decoró su dormitorio a un lado del patio con objetos relacionados con el mar. Tiene el cabello castaño, los ojos azules y está tostado por el sol; juega al tenis y nada muy bien. También es aficionado al ping-pong y tira al blanco con puntería certera. Acaba de cumplir veintiún años e insiste en que ha dejado de ser un actor juvenil. Mide un metro setenta y cinco centímetros y está admirablemente proporcionado. Le gustaría interpretar papeles como los de Jimmy Cagney y no comprende por qué los productores no le han dado uno. A raíz de su éxito en «La última singladura» (Annapolis Farewell), obtuvo un contrato de larga duración con la Paramount.

Recientemente terminó su actuación en «I'd Give My Life», una producción de Richard A. Rowland para la Paramount. Admira mucho a Frances Drake, que también trabaja en dicha película. Posee un perro y un loro. Su profesión de actor es su principal afición. Empezó a actuar siendo todavía un niño. Ha trabajado en la radio. Hace cinco años que vive en Hollywood, durante los cuales ha participado en veinticinco films. No tiene novia pero sale con frecuencia con muchachas de su edad. Su amigo más íntimo es James Blakely, con quien juega al tenis con frecuencia. En «I'd Give My Life» interpreta un papel de aviador.

En resumidas cuentas, a los veintiún años es ya un veterano de la escena y la pantalla

¿QUÉ ESTRELLAS SURGIRÁN EN 1937?



En el mundo cinematográfico hay ahora bastantes nombres famosos, que aun no hace un año eran actores y actrices desconocidos. ¿Quiénes serán sus sucesores en el año actual? • En estos momentos en los estudios se siente el deseo intenso de encontrar nuevas caras y destacados talentos, de modo que, sin duda, no tardaremos en ver a una veintena de futuras estrellas cinematográficas es tarea agradable, pero también peligrosa y sobre todo regiamente pagados. • La elección de un solo estudio, claro que uno de los más importantes, se hacen pruebas anualmente en una extensión aproximada de algo más de cien mil metros de película. Y si, como resultado de esto, surge una estrella, la empresa cree haber estado de suerte. Sólo un dos por ciento, aproximadamente, de los elegidos consiguen ascender a la categoría de estrella y cobrar sueldos principescos. • En esta página figuran algunas de las ya elegidas. A retener sus nombres. ¿llegará alguna a alcanzar la celebridad de Greta Garbo...?



Lorna Lowe, Kay Sifton, Edna Waldron, Donna Roberts, Marian Ladd, Mae Madison, Irene Thompson, Billie Lee y Earlene Heath.

Filmoteca

Wanda Perry, June Wilkins, Bonnie Bannon, Pauline Craig, Monica Bannister y Diane Cook.



Jacquelyn Dax.



Mary Lon Dix, Claire Mayers, Bonnie Bannon, Mary Lauge, Lorna Lowe, Wanda Perry y Diane Cook.

(Fotos Metro.)

JAN BLONDELL

Filmoteca
de Catalunya

ROSA fué el nombre que le dieron originalmente a la preciosa Joan Blondell, que nació en Nueva York en el año 1909. Solamente contaba cuatro meses cuando sus padres la presentaron por primera vez en las tablas, en cierto papel en que se suponía que ella fuera la hijita de Peggy Astaire, en la obra titulada «El más grande amor».

Siendo sus padres artistas teatrales, era natural que Joan siguiera sus pasos, dedicándose al arte escénico.

Ha actuado en las tablas casi todos los veintidós años de su vida, que ha sido una sucesión de hechos interesantísimos. Ha estado en China, Australia y Alemania, habiendo atravesado el continente americano cincuenta y seis veces en sus giras teatrales. En cierta época de su vida actuó en un circo, luego obtuvo empleo en una gran tienda, habiéndole durado el trabajo exactamente quince minutos, pues al cabo de aquel tiempo ya dejó demostrado que su temperamento no se adaptaba a semejante labor. El hecho de no haber servido para nada como em-



*La estrella que
posee la sonrisa
más encantadora y
el alma más satu-
rada de ternura*

pleada de la tienda ha demostrado una vez más que es cierto que «no hay mal que por bien no venga», debido a que hoy en día Joan es una famosa estrella de cine.

No hizo estudios especiales. En Nueva York asistió al colegio de las Artes Industriales, donde mostró su habilidad en el «team» de na-



JOAN
BLONDELL

tación. No le agradaba la escuela porque quería volver a su carrera teatral, y en un momento impulsivo la abandonó y se embarcó para Australia, en un barco de ganado, con una «troupe» teatral.

Como ustedes saben, muchos cuentos salen de Hollywood que mixtifican un tanto la verdad, lo que se hace para que les agraden más a los lectores; y por eso aquí vacilamos antes de decir que Joan es descendiente directa de un cantante que se llamaba David Blondell, que era uno de los trovadores que Ricardo Corazón de León llevó junto a él en las cruzadas para que cantara los romances de aquella época. Esto es una verdad histórica, pero si tienen la menor duda pueden averiguarlo.

Ahora, volviendo al siglo actual, la Blondell finalmente regresó a Nueva York, y después de luchar en vano muchos meses buscando trabajo, logró un papel prominente en la representación de «The Trail of Mary Dugan». Poco a poco desempeñó papeles más importantes, hasta que se le asignó el papel de la protagonista en una obra en que el héroe era James Cagney, un joven actor que prometía mucho. El título era «Penny Arcade» y su gran oportunidad llegó cuando Warner Bros. compró los derechos para filmarla. Joan Blondell y James Cagney fueron contratados para ir a Hollywood, donde ambos empezaron verdaderamente a hacerse famosos.

Durante el primer año que estuvo en Hollywood, Joan apareció en catorce películas. Prefiere el cine al teatro, diciendo:

—Hay más dinero en el cine. No quiero decir que el dinero lo sea todo, pero quiero ahorrar lo suficiente para retirarme y entonces podré viajar por el mundo entero de un modo cómodo y agradable.—

Actualmente ambiciona llegar a ser una combinación de Ruth Chatterton y de Helen Hayes. Sus favoritos del cine son Bárbara Stanwyck, John Barrymore, Richard Barthelmess, James Cagney y George Brent, y del teatro, Helen Hayes y Leslie Howard. Su autor predilecto es George Kelly, que escribió «Maggie the Magnificent», una obra que desearía hacer en la pantalla, y su compositor preferido es George Gershwin. La música le fascina y le agrada tocar el piano. Es muy hábil en ese arte tocando con dos dedos, uno de cada mano.

Es supersticiosa y, por una razón que no quiere confesar, nunca empieza una película en martes. Entre películas siempre toma una vacación breve en Wheeler's Hot Springs (California). Lee todas las cartas que recibe de sus fanáticos y las contesta personalmente cuando tiene tiempo.

Prefiere vivir en Hollywood porque es muy cerca de su trabajo. Luego dice:

—De todos modos prefiero vivir en Hollywood.—

No asiste nunca a las fiestas propias de Hollywood, pero le agrada bailar en el Ambassador. No le agradan los «premières», sino que prefiere confundirse con la muchedumbre y ver a las estrellas llegar.

Dice que Nueva York es la mejor ciudad para comprar trajes elegantes, porque conoce muchas tiendas especiales. Cuando no está trabajando viste pijamas casi todo el tiempo... y cuando está descansando en los estudios la verá con pantalón blanco y una camisa tejida.

No observa reglas especiales para mantenerse en buen peso. Le gusta tomar largos paseos y es una campeona de natación. Aunque siempre está muy ocupada, sigue tomando sus lecciones de baile. Juega bien al tenis, pero no está interesada en absoluto en el golf. Cuando tiene la oportunidad, pasea en su Ford «roadster» por las cercanías de Hollywood.

Siente una gran pasión por las peleas de boxeo y nunca deja pasar una semana sin ver una. Le fascina ver un buen juego de tenis.

Cuando tiene que someterse a una dieta, toma leche con patatas cocidas durante tres días. Sus platos favoritos son cierto guiso chino «chop suey» y el bistec con almendras amargas.

No se preocupa mucho con secretos de belleza. Se lava los dientes con peróxido y agua una vez por semana, y a diario usa la pasta que Amos 'n' Andy han hecho famosa. Se lava la cabeza con aceite perfumado y se arregla el cabello por sí misma. Detesta peinarse. Puede decirse que está tomando un baño de ducha casi continuamente. Adora los baños de sol y está siempre muy quemada. Cree que el dormir es muy importante y duerme lo más que puede.

Le agrada leer. Su novela predilecta es «Si yo fuera rey», por Justin Huntley McCarthy. También le gustan las obras de John A. Weaver, de Bernard Shaw y Ernest Hemingway.

Posee dos perros hermosísimos, pero anhela adquirir un león, domesticarlo y convertirlo en su favorito. Cuando estaba en Washington, donde hacía una aparición personal, compró un gato, que se llama «Washy», porque se sentía muy sola. Aún tiene el mismo Ford que compró cuando llegó a Hollywood. No ha subido nunca en un aeroplano y no tiene deseos de hacerlo. Desearía algún día poseer un yate, porque le agrada navegar a la vela. Vive en una casa blanca al estilo colonial, situada en la cumbre de una de las «montañas» de Hollywood.

No le agrada el bridge, la arena en las uñas cuando está en la playa ni la gente pretenciosa. Joan no se pone sombrero, excepto en ocasiones especiales, y no siente deseos de poseer joyas.

Adora a su hermanita, Gloria, que va a hacer su debut en la pantalla muy pronto. Es una de las estrellas más populares en Hollywood porque tiene un carácter muy comprensivo. Es muy amistosa con todos en el estudio, donde la llaman Blondell, mostrando que no le agrada ser pretenciosa.

Hace poco causó sensación entre el público americano el divorcio de Joan Blondell y George Barnes, porque éstos eran muy felices en su matrimonio con su niño. Ahora Joan piensa dedicar todo su tiempo a su carrera cinematográfica y a examinar a su hijo.

Su estatura es de cinco pies cuatro pulgadas, pesa ciento quince libras, sus ojos son grises y sus cabellos rubios.

Está contratada por Warner Bros. y sus producciones más recientes son: «Matrimonio ilícito», «El enemigo público», «El pueblo ruje», «Mujeres de fuego», «Viudas habaneras», «Amor por teléfono», «La mujer triunfa», «La princesa de Kansas», «Música y mujeres», «Desfile de candilejas» y «El gondolero de Broadway».

MAS de una vez nos habíamos hecho esta pregunta y más de una vez habíamos intentado contestarla en un artículo. Pero nuestros propósitos no llegaban nunca a la segunda cuartilla. ¡Son tantas las cualidades que ha de reunir una mujer para triunfar en el cine! Seguros estábamos de que nos dejaríamos en el tintero buena parte de ellas. Y para hacer un artículo a medias más vale no hacerlo. Hasta que se nos ocurrió la idea de que

ritos más diversos. He aquí el resultado:

ALICE FAYE, LA MUJER BONITA

—Lo primero que necesita una mujer para triunfar en el cine es ser

Alice Faye (Foto 20th Century Fox)



Jean Harlow (Foto M.G.M.)



Ginger Rogers (Foto R.K.O. Radio)



Jeannette Mac Donald (Foto Metro)



JEAN HARLOW, LA MUJER ESCULTURAL

—Amigo Holmes, puede usted decir categóricamente que la mujer que no tenga un cuerpo hermoso, sólo como excepción puede hacer algo en el cine. El séptimo arte debe en gran parte su popularidad a los bellos cuerpos de sus artistas. Porque si hay una estética que todo el mundo com-



Elissa Landi (Foto Paramount)

GINGER ROGERS, LA GRAN BAILARINA

—Yo no sé todo lo que una mujer necesita para triunfar en el cine, pero sí puedo decirle que la que no sabe bailar, lo mejor que puede hacer es quedarse en casa. Yo todo se lo debo al baile, al que atribuyo gran valor artístico y una popularidad máxima, pues ya sabe usted la pasión, cada vez más intensa, que ha despertado en todo el mundo. En una palabra: que la artista de cine ha de saber bailar.—

JEANETTE MAC DONALD, LA DE LA VOZ DE ORO

—El micrófono no admite las malas voces. John Gilbert se hundió por no tener una voz «registable». Desde que las estrellas no son mudas, han de pronunciar correctamente y han de tener un timbre de voz agradable. Y si, además, la voz es buena para el canto, puede decirse que la aspirante a estrella tiene ya recorrido un buen trozo en el difícil y escabroso camino del éxito.—

ELISSA LANDI, LA PRINCESA DE LAS ELEGANCIAS

—Para ser estrella hay que saber vestir. El día que descuidáramos nuestro guardarropa, el cine perdería la mitad de público, tanto femenino como masculino. Pues si a las mujeres nos traen de cabeza los vestidos y las modas, a los hombres les gusta tanto o más ver una mujer bien vestida que sin ningún vestido.—

CLAIRE TREVOR, LA DÉPORTISTA

—Toda mujer que quiere ser artista de cine se ha de olvidar de que pertenece al sexo «débil» y ha de hacerse fuerte y atlética. El cine es dinámico como la vida moderna, y tanto en la vida como en el cine la mujer ha de estar preparada para todas las luchas. La mujer que no sea ágil y que no tenga resistencia para practicar cualquier deporte, la que no tenga unas piernas y unos brazos, no sólo banitos, sino también fuertes, no podrá representar la mitad de los papeles que le encomienden y, por lo tanto, no tiene ningún porvenir en el cine.—

LORETTA YOUNG, LA ARTISTA DE TEMPERAMENTO

—¿Que qué hace falta para ser artista de cine? Pues ser artista, llevar en las venas el fuego sagrado. Con eso y una buena dosis de talento, es muy fácil alcanzar un alto puesto en la pantalla.—

UNA «EXTRA»

—Ante todo, hay que tener mucha audacia para vencer los mil y un obstáculos que se le oponen a una en el camino de los estudios. Después, no ha de faltar la suerte, porque sin suerte no se puede hacer nada ni llegar a ninguna parte. Audacia para transponer el umbral de los estudios, la tuve. La suerte para destacarme del montón de «extras» la estoy esperando todavía.—

Una extra (Foto M. G. M.)



Loretta Young (Foto Metro)

Claire Trevor (Foto 20th Century Fox)



¿QUÉ NECESITA LA MUJER PARA LLEGAR A SER ARTISTA DE CINE?

la información la hicieran las artistas de cine. Así, mi trabajo sería mucho más fácil y, además, ganaría en interés. Verdaderamente, ¿quién mejor que las artistas que han triunfado puede saber lo que hace falta para triunfar?

Y pusimos en seguida manos a la obra. Para que las opiniones no se repitiesen, interrogamos a las estrellas de índole y mé-

guapa. El cine, aun ahora que se ha aliado con el sonido, entra por los ojos. Es un espectáculo esencialmente visual. Y si ha de entrar por la vista, no necesito decirle que las mujeres bonitas tienen la mitad del camino hecho. Claro que no basta con la belleza, pero ésta es el punto de partida para el triunfo. Porque, bien mirado, ¿qué es la belleza si no arte, y el arte si no belleza?—

prende y sabe apreciar, cualquiera que sea su condición y cultura, es la de una bella figura de mujer. Usted puede decirme que esto es una trivialidad, pero yo la contesto que es una realidad. El cine ha nacido en una época libre de hipocresías y prejuicios en que la moral no depende de la longitud de una falda ni de la medida de un escote. Porque la moral, amigo mío, sólo

está en los actos. Por eso las artistas de la pantalla no vacilamos en ofrecer al público el encanto de una bella pierna o de una espalda bien modelada. Y como éste es uno de los grandes atractivos del cine, en los estudios hay una barrera casi imposible de franquear para toda mujer que no tenga un cuerpo hermoso en grado superlativo.—

cara bonita, un cuerpo escultural, una voz agradable, saber bailar, tener gusto para vestir, ser fuerte y ágil, sentir el arte, tener talento y no carecer de audacia. Con eso y con un poco de suerte se puede llegar tan lejos como ha llegado Lillian Harvey.

Alberto HOLMES

"EL GRAN ZIEGFELD"

Filmoteca de Catalunya

Síntesis extractada de los números anteriores

Fue a fines del pasado siglo, cuando Florence Ziegfeld empezó su vida como empresario. Allí, por 1890 surge ante la puerta de su barracón de feria... Nadie puede esperar que aquel hombre que pregona a voz en grito la formidable fuerza del titán Sandow pueda llegar a presentar, años más tarde, al mismo tiempo, cuatro espectáculos diferentes, en plena Vía Blanca.

En el mismo parque de atracciones, y casi frente a él, un tal Billings explota unas mal llamadas danzas orientales, pero que logran gran éxito de recaudación. Ziegfeld propone a su competidor unir los dos artillos para mayor propaganda. Billings no acepta, pero a pesar de ello Florence logra su intento y bien pronto el atractivo árbol potente y frondoso, que tan maravillosas creaciones otorgó a su arte... Tal vez por ello, Ana Held, instintivamente, la temió desde el primer instante, pero su bondad venció al subconsciente... Y sólo cuando a través de los hechos llegó al pleno convencimiento de que aquella felicidad inmensa que su Flor había creado a su alrededor única y especialmente para ella, empezaba a resquebrajarse como losa cuarteada por el tedio y el cansancio, y que él empezaba a dejarse alucinar por el falso brillo de la rubia Audrey Dane, intentó una débil y casi nula defensa de lo que para ella era alma y vida.

A raíz de un viaje a Europa, se encuentran de nuevo los dos competidores. El camino emprendido fue el mismo, pero el fin por completo opuesto. Mientras Billings intenta asegurarse en exclusiva una buena atracción de fama, Ziegfeld se confía demasiado en su excelente suerte. La blanca y bailarina bolita de la ruleta le arrebató hasta el último céntimo.

En su encuentro en un hotel de París, Ziegfeld logra convencer a su amigo Bi-

llings para que le preste quinientos francos, que después emplea en comprar orquídeas para Ana Held, la estrella de moda, que su contrincante intenta precisamente llevar a América. Con ello consigue adelantarse a Billings, y una vez más burlarse de él, al obtener casi ante su misma presencia la firma del contrato de la delicia.

Un año más tarde, transformada y estilizada por la atención y cuidado artístico de Florence, y ya en pleno éxito, Ana Held, enamoradísima, se casa con él.

La dicha parece completa. Al triunfo, han venido a juntarse con la vida de Florence Ziegfeld la fortuna y el amor... Tal vez la única nube de su cielo azul son los celos de Ana, y muy especialmente en cuanto se refiere a Audrey Dane.

Esta representación, en la vida de Florence, la inquietud, el desasosiego... Su paso por la existencia del mago de la escena fue vendaval que azotó, cruel, aquel árbol potente y frondoso, que tan maravillosas creaciones otorgó a su arte... Tal vez por ello, Ana Held, instintivamente, la temió desde el primer instante, pero su bondad venció al subconsciente... Y sólo cuando a través de los hechos llegó al pleno convencimiento de que aquella felicidad inmensa que su Flor había creado a su alrededor única y especialmente para ella, empezaba a resquebrajarse como losa cuarteada por el tedio y el cansancio, y que él empezaba a dejarse alucinar por el falso brillo de la rubia Audrey Dane, intentó una débil y casi nula defensa de lo que para ella era alma y vida.

Su fantasía era eternamente lozana. Sus espectáculos tenían el sello de su personalidad. Lograba con rara habilidad ser original, creando formas y cosas que al transplantarlas al escenario se convertían en fuente de belleza y maravilla.

Juntaba, bajo la luz de los reflectores, todo el estilismo de escultura pagana de la Mujer, dándole jerarquía de Diosa, y poniendo como dósil a su trono cuanto de herencia podía ofrecerle el mundo, todo cuanto él amaba en su espíritu de hombre selecto. Siempre en constante descubrimiento de nuevos elementos artísticos y nuevas formas de realización. Y así, los públicos pudieron ver cómo nacía el más grandioso y bello de los "bouquets", que jamás florista alguna pudiera presentar.

Nada importa que la construcción del decorado, por su coste astronómico, aterrizara a la compañía entera. Inútiles también los consejos y hasta las prohibiciones de sus íntimos y consejeros. Tras su quimera después de esfuerzos y sacrificios surgía, al fin, el espectáculo redoma de un mago, el sortilegio que había de producir la admiración hasta de sus más furibundos detractores.

Sus amores debían tener una coronación máxima. La que inspirara esa pasión tenía que ser una mujer, que pudiera ser amor novel y pasión postrera. Todo eso fue Billie Burke... y por ello, aquel hombre vió en los ojos de aquella mujer, todo el misterio que encierra la pasión que puede transformar la vida de un hombre.

Y tras la noche del baile de máscaras, siguieron días de idilio con la terna que se inició en Florence. En esas citas se encontraron en el solitario banco de un paseo, desde donde veían morir el día, y desgranaban su "cantar de los cantares".

Y como tanta felicidad tenía que dejar también su estela de amargura, Ana Held recibió el mensaje telefónico de Florence participándole su nuevo enlace, en la creencia de que el tiempo se había encargado de cicatrizar las viejas heridas.

—Flor...ence, jamás fui tan feliz en mi vida. Estoy tan entusiasmada con mis planes... Me voy a París— dijo, mientras sus ojos se arrasaban en lágrimas. Quiso así cerrar con el broche magnífico de su dolor y renuncia el libro de gloriosas páginas, de un amor que no supo retener.

Las vicisitudes de aquella lucha cruenta lograron la transformación, que en una vida llena de emociones, denotan el principio del fin. Se blanqueó su pelo, y los ojos perdieron su brillo. Los años de una vida como la de Florence Ziegfeld se pueden contar por las arrugas.

Tiempos nuevos, nuevas diversiones. Bajo el signo del séptimo arte, el público empieza a olvidarse del productor, y sus creaciones.

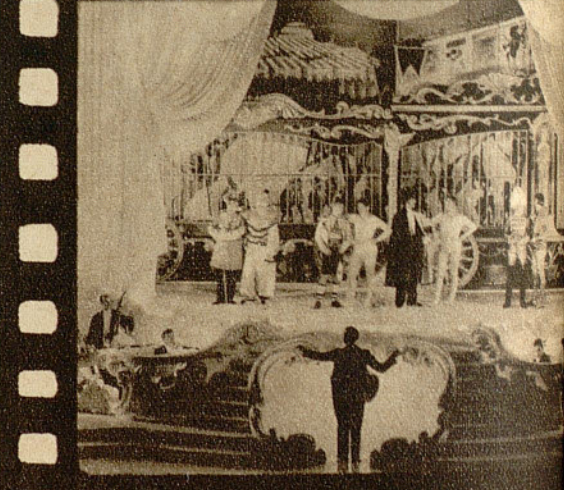
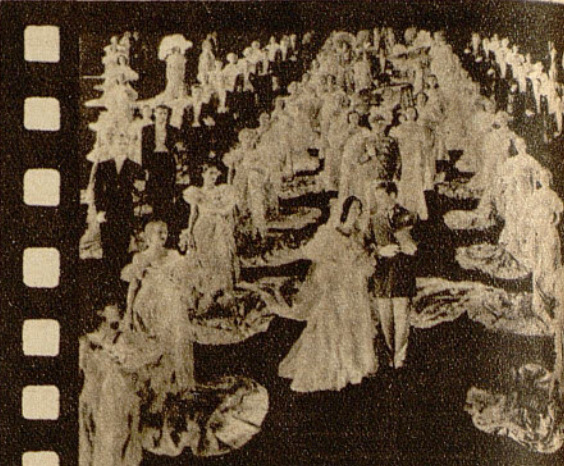
Las hielos del fracaso debe conocerlas, ya que junto a su adorada mujer, Billie Burke, ha encontrado la felicidad. De aquel amor ha nacido Patricia, el sufrimiento de Florence toma formas de abatimiento.

Un día, en el salón de su peluquería, se ve ultrajado. Varios clientes aseguran que Ziegfeld acabó. «Nada le resta hacer.» «Se va haciendo viejo...» «No volverá a tener otro éxito en Broadway.»

Como movido por un resorte, se alzó de su sillón, y descompuesto contestó: «Tienen razón... ya no voy a tener un éxito en Broadway... voy a tener un éxito. Cuatro... y éxitos grandes.» Y salió.

Y así llegó a su casa... destrozado moralmente, como si aquellas palabras hubiesen sido eco de sus propios presentimientos. Y nadie como Billie Burke podía descubrir la tormenta que azotaba en su alma. Tras las primeras preguntas, vió claro Billie. La crisis nerviosa que sufría su esposo era producto de un largo tiempo de contenidas penas. Florence le contó sus dificultades, su angustiosa situación, y llegó a confesarse vencido. «Si, estoy vencido en todo. Me estoy hundiendo, me hago viejo», exclamó Ziegfeld en su desesperación. Siguió después contando su encuentro en la barbería y ella supo poner entre caricia y caricia, el aliento y la esperanza que habían huido del ser amado. Florence Ziegfeld, debía luchar y vencer. Aquella frase suya de los cuatro éxitos que él confesaba desplantar de desesperado, tenía que ser realidad y lo sería.

Y cuando una mujer quiere... hasta las más difíciles fantasías se cristalizan en realidades. De nuevo el luchador, acuciado sabiamente en su amor y mimado con delicadeza, volvió a la brega. Otra vez los rutilos luminosos del Broadway recogieron los nombres de sus Follies.



La vida tiene, en su correr, momentos tan duros y dolorosos que parece que el sufrimiento será superior a tantas fuerzas... Y así fue para Ana Held, el instante terrible en que comprendió a su ídolo, que ella imaginaba inaccesible, encier hacer años, como si fuera de inmundo barro, bajo el conjuro maldito de un beso, aquel dios que ella adoraba en el recóndito santuario de su corazón.

La separación fue inminente... Casi instantánea... De nada valieron las súplicas y explicaciones de Florence... Ana Held, que le amaba, no quiso retenerle a su lado sin la certeza de su total y absoluta posesión... Quiso probar si aquella separación sería el antídoto contra el veneno de Audrey... No fue así, y tuvo que sufrir soledad y dolor...

A medida que el éxito acrecentaba la figura artística del famoso empresario, también se agrandaban sus dificultades... Parecía como si su lema fuese: «A grandes éxitos... mayores deudas...» Y tras las cortinas de sus teatros, muchas, muchísimas veces, horas antes de levantar el pesado telón, su administrador sostenía las más difíciles batallas con los ansiosos e inoportunos acreedores.

El tesón y el talento del gran Ziegfeld pudo subsanar los muchos defectos de prodigio de fastuosidad que en sus espectáculos sabía imprimir aquel maestro de la luz y el color, que describía cuentos de hadas ante las candelillas... No quiso a pesar

Toda la humana vida puede representarse en una larga escalera. Cada peldaño un éxito o una pena... cada escalón una alegría o un dolor. Así, también, la vida del gran mago de la escena tuvo su escala. Desde que inició su carrera teatral en aquel barrión de feria echando los danzantes músculos de Sandow, siempre, constantemente, pidió más escalones...

Sus parejas, en desfile interminable, ascendiendo por esos escalones, reunidas sus «Follies», su «Show-Boat», su «Rio-Rita», sus «Tres mosqueteros», su «Whoppe», podrían formar el fantástico y rico cortejo que le eleva a la gloria, consagrándole como el hombre que supo vencer, y supo crear maravillas sobre las simples maderas de un tablado.

Pero es necesario decirlo. Su deseo, amasado en loca orgía de irrealidades, tal vez sólo se hubiese calmado en su eterna demanda de más y más altos escalones, ante la formidable y bella espiral, que en su recuerdo, y como homenaje, le ha ofrecido el cine, al que consideraba su gran enemigo, como prueba de admiración a su gran genio creador.

Cumplió la promesa. Junto a su hada azul, pudo superar esa desconfianza en sus propias fuerzas, y vinieron nuevas jornadas de triunfo. ¿Cómo no lograrlo, si ella esperaba que así fuese! Su genio volvió, pues, a poner destellos de luz en sus originalidades. No cesó en su batalla, hasta que una noche, Nueva York entera pudo admirar el portentoso hecho, milagro de voluntad y esfuerzo de un hombre genial.

Cuatro grandes éxitos... cuatro revistas magníficas aclamadas al mismo tiempo en pleno Broadway. Y como satisfacción plena, Florence mandó a buscar a los «asesinos de Florence Ziegfeld», aquellos caballeros que osaran afirmar un día que el gran empresario había terminado su vida.

Todo le volvía a sonreír. Otra vez el oro acudía a sus taquillas y él podía convertirlo en regalo y felicidad para sus queridas Billie y Patricia. Aquel año tuvo un final de quimera y ensueño. Su Navidad, fue como la revelación de toda una vida. De las ramas del árbol tradicional, pendieron cuantas cosas pudo soñar la mente humana.

Imitar a Ziegfeld cuántas veces costó a más de un desaprensivo el mayor de los fracasos. Su secreto consistía en su originalidad. Para montar una escena le bastaba un detalle cualquiera, de los que a los demás se les hubiera pasado desapercibido. Cuadros de gran éxito, habían sido ideados mientras veía un juego infantil, al admirar el ramo de flores remitido a su esposa, o bien del capricho y la fantasía de una palabra dicha al azar por alguien de los que le rodeaban. Y cuando su voluntad fijaba un decorado, nadie podía dudar que las penas de su coloso podrían comprobar su talento de creador. Nadie como él pudo trasladar al escenario tan ricas exhibiciones, y durante muchos años los secretos de sus juegos de iluminación, fueron tema de disputas y fruto de constantes copias.

Pero su genio podía permitirse el lujo de prodigarse sin temor al agotamiento. Le era igualmente fácil presentar tras las finas cortinas de sus escenarios, la rítmica evolución de sus famosas «girls» que hacer del palco escénico, un circo, fiel y exacta reproducción de un juguete.

Las difíciles épocas anteriores, le habían aleccionado suficientemente. Los años no pasan en vano. Su administrador estaba admirado. Florence Ziegfeld, el gran derrochador, exponiendo planes de producir y atendiendo personalmente sus imposibles bancarías.

Compró acciones... he comprado más de un millón— le comunicó un día confidencialmente.

—¿Al contado?

—No, a crédito. Pero son inversiones de confianza. Y cuando las tenga pagadas, compraré otro millón, Sam. Voy a hacerme verdaderamente rico— dijo Ziegfeld lleno de confianza.

Una mañana, sus agentes de Bolsa Croydon y Cia. le rogaron que no se moviera de su despacho. Había agitación en bolsa y tal vez necesitarían de él. Sus operaciones eran a crédito y representaban una suma en verdad muy importante. Aquella mañana el teléfono quedó como soldado a la mano de Florence Ziegfeld y las palabras y datos que transmitía iban a jugar un gran papel en el gran espectáculo de la intranquila vida del mago de la escena.

de ello, Audrey Dane, hacer sacrificio alguno... y no desmintiendo el duro reflejo de maldad y egoísmo que sus pupilas delataban, cuando las horas amargas del fracaso sonaron para Florence, Audrey, en las palabras de una despedida casi al unísono de la desgracia, dejó bien patente la cruel realidad de su egolatría...

Suerte inculcable fue para Ziegfeld el poder superar con empuje arrollador un momentáneo fracaso... Acudió a su fiel y eterno enemigo, el bondadoso Billings, y como siempre, tras la repetida negativa, le ofreció medio para salir del atolladero... Billings y Ziegfeld... Ziegfeld y Billings... Dos vidas opuestas y con tantos puntos de contacto... Por ello, no es extraño que fuera también el eterno predestinado Billings quien llevara a la mascarada del Hotel Metropolitan, a Billie Burke, la mujer que cerró y encerró el máximo amor de la dinámica vida del forjador de fantasías teatrales... Y tampoco podía ser de otro modo, que Ziegfeld le robara lindamente la dama, para iniciar en un baile de parejas perdidas el más bello y sublime amor de su agitada existencia de enamorado de la belleza...

Con el soplo casi divino de un amor nacido en un rosal que a él le parecía ya imposible que diera rosas, Ziegfeld pudo comprender que aquel cariño era el nacimiento de una era nueva, donde el cielo sería más azul y la vida toda, intensamente más feliz... Y tras ello, surgió de nuevo el genio creador, el espíritu indomable de conquista, el dominador eterno... y el triunfo brotó con mágico fulgur...

Quien no ha asistido a las sesiones de bolsa, en Nueva York, no puede darse cuenta de lo que significa la lucha terrible que se sostiene en el palacio de la quimera del oro. Grandes pizarras negras recogen las legiones de números que en una danza epiléptica y horrible no paran ni un instante. Unos hombres en constante movilidad se cuidan de irlos cambiando. Para no perder tiempo en sus anotaciones, llevan un cascón con auricularas por los que van recibiendo las órdenes de alza y baja... mientras unos hombres enloquecidos esperan, con la mirada pendiente de la cifra que se cotiza, la salvación o la ruina.

La baja... el pánico... el derrumbamiento... eso fue para Ziegfeld y para una gran parte del mundo aquel terrible caos, creado por una inflación suicida.

El torbellino no tuvo mucho trabajo en arrastrar a una completa ruina a Florence Ziegfeld... Las demandas telefónicas de su agente, no pudieron ser cumplidas... y tras unas horas de horrible sufrir, cuando horas antes era inmensamente rico, no le quedaba ya nada. Ziegfeld pasó a ser un arruinado más, por haber jugado todas sus disponibilidades.

La adversidad venció esta vez al gran luchador. Su vida se tronchó... no pudo resistir el nuevo embate de la tormenta.

También a Billings le había arruinado aquella catástrofe financiera. Pero su temperamento era distinto al de Ziegfeld. Cuando se enteró por su agente de bolsa de que también se había arruinado su amigo Ziegfeld y ante el hecho de ser él otra víctima igual, sólo se le ocurrió decir: —Pues, lo que es ahora, no podrá recurrir a mí—

Pero su bondad le llevó en seguida a visitar al viejo competidor y amigo, tan dolorido y malhecho. En lo más honroso de su corazón, presentía que sus palabras pondrían un suave bálsamo en las heridas de Florence. Llevaba premeditado su plan. Escondía su ruina. Si Florence le preguntaba si él jugaba, le respondería que él no perdió más que unos miles de dólares. Su antiguo ayudante, el prudente Sidney, fue quien más cuenta se dió de su doloroso mutismo. Poco valieron sus afirmaciones de una situación privilegiada, cuando al quitarse el abrigo aquel maldito forro de la manga salió roto y deshilachado, como desmintiéndole.

El rudo golpe había tenido consecuencias horribles. La ruina total había hecho necesaria la vuelta a escena de Billie Burke. Para pagar la deuda producida, y salvar el buen nombre de Florence, se impuso la venta de cuanto poseían. Billie no dudó un instante en la forma en que debía obrar, pero para él fue más doloroso el sacrificio de ella.

Para un hombre acostumbrado a poner a los pies de su amada todos los tesoros y todas las caricias, es cruel llegar al final de la vida y tener que renunciar al goce de ofrendar todo cuanto podemos a la mujer amada. Y ése era el peor tormento que infligirse podía a aquella alma tan enamorada de cuanto significara belleza.

La entrevista entre los dos antiguos compañeros fue emocional. Billings se esforzaba en darle ánimos. Debía preparar una nueva y gran presentación.

De nuevo la pizarra del cielo presentaría a los ojos de las multitudes el nombre de las famosas Follies y su creador único «El Gran Ziegfeld». Y entre increíble y dolorido, Ziegfeld le escuchaba, dejándose seducir por el piadoso engaño.

La conversación con Billings versó sobre el ayer lejano. Billings se despidió de él hasta pronto. Volvería dentro de unos días para saber los planes y proyectos relativos a la revista nueva. Sentado en su sillón, Ziegfeld, le vio alzarse. Solo ya, cerró los ojos para recordar...

Una chispa de su arrebatado de luchador le hizo pensar en la proposición de Billings. Las músicas de ayer deleitaban sus sentidos. Los personajes de sus grandes creaciones iniciaron un fantástico desfile. Se entremezclaban las notas graves y cadenciosas a las estridentes del grito de alegría de «Whoppe», mientras los colorines o tornasoles de «Rio-Rita» se unían al exquisito canto de mil músicas dulcísimas. Pero las luces parecían palidecer algo. «Necesito más... más escalones... Debo llegar a lo alto... murmura en débil queja de delirio.

Inconscientemente, eleva hasta los labios, la flor, que con sus delicados pétalos besa al gran mago de la escena. La mano ahora inerte, pende caída a lo largo del cuerpo... en el suelo, muere la blanca camelia... como una postrera delicadeza del creador de maravillas.

F I N



FUERA DE PROGRAMA

No deje de leer el próximo número de FILMS SELECTOS. Publicará, además de sus magníficas reproducciones fotográficas en huecograbado y colores, el siguiente interesante texto.

GRETA GARBO EN «MARGARITA GAUTIER», por J. Esteve Quintana. — ESTRELLAS ESPAÑOLAS, por Mateo Santos. — CRÓNICA DE HOLLYWOOD, por Miguel de Zárraga. La novelización completa del argumento de «María Estuardo», film de Katharine Hepburn, y también contendrá sus amenas e interesantes secciones, «Fuera de programa», «Lo que vendrá», «La anécdota en primeros planos», etc.



Aquí uno no sabe lo que quería ser: repostero o pastel. A nosotros particularmente nos gustaría ser pastel. ¡Porque es que ellas se lo comen con los ojos! (Foto M.-G.-M.)

Multiplicar...

Un día feliz, Mrs. Dionne dió a luz cinco robustas gemelas. En un hogar español, habría sido un día aciago. En un hogar americano, esto se llama un día bien aprovechado.

El señor y la señora Dionne habían descubierto una mina. La gesta de la señora Dionne les dió fama extraordinaria. Llovieron en el hogar los parabienes, los regalos, las proposiciones, honestamente comerciales, de las casas que veían en la extraordinaria fecundidad del matrimonio un vehículo para sus propagandas.

El cine, naturalmente, no podía permanecer al margen de este acontecimiento. El cine es el es-



Hugh Herbert declara ingenuamente que entre sus vecinos no cuenta ningún admirador. Ahora sabemos por qué. (Foto Warner Bros.)

pejo de la vida americana. Si quiere usted verse immortalizado, cometa un crimen irracional y échese a dormir; en seguida saldrán tres o cuatro películas: una o dos le presentarán como un salvaje degenerado desde el punto de vista de la moral americana, y las otras justificarán su acto como una honrada vindicación desde el punto de vista de la moral americana.

Pues bien: las cinco gemelitas de la familia Dionne debutaron formalmente en el cine con la película «Cinco cunitas». Fué un éxito popular en los Estados Unidos y ahora ha salido un segundo film, a base de las mismas protagonistas. Se titula «¿Dónde están mis niños?».

Si el éxito responde a esta segunda película, no tardaremos mucho en ver una serie de films, a base del mismo tema, con títulos más o menos parecidos a éstos: «Aquí los tiene usted, señora», «Los chicos me marean», etcétera.

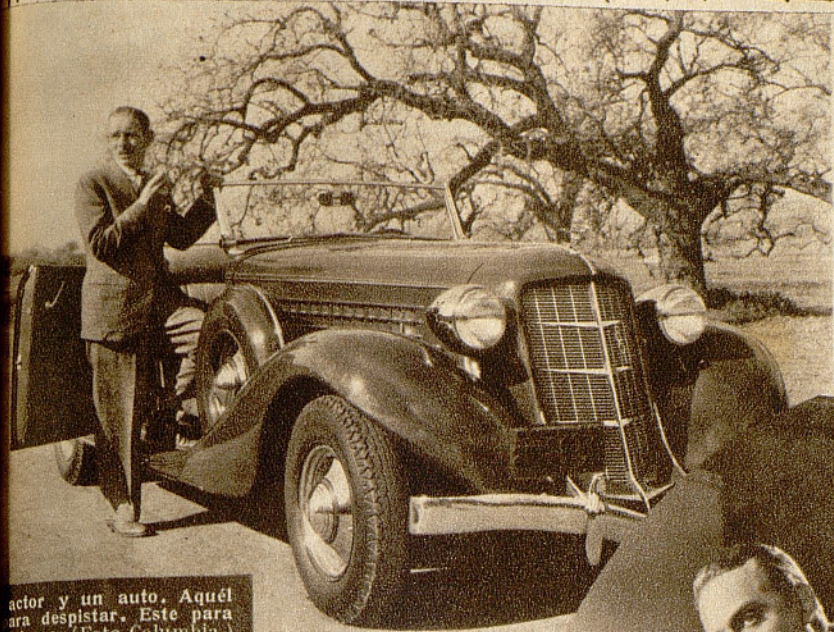
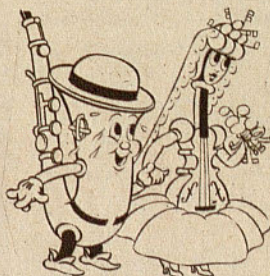
Robert Greig demuestra el grado de dilatación que puede experimentar una persona cuando no sabe conservar la línea. El microbio que se ve debajo de la mole, es Juanita Quigley. (Foto M.-G.-M.)



«La Humilde Violeta»

A Fred Astaire le han bautizado con este nombre. Verá usted por qué: El conocido artista estaba un día hablando con un crítico americano, el cual dijo: —Entre todos los actores de Hollywood sólo conozco dos verdaderamente completos.—

«La Humilde Violeta» se pone colorado, hace una sonrisa celestial y pregunta, picado por la curiosidad: —¿Cuál es el otro?—



actor y un auto. Aquél era despierto. Este para estar. (Foto Columbia.)

Los espíritus también pagan entrada

Diálogo del admirable tacaño y el caballero llamado «Miembro de la Comisión Organizadora de una sesión a beneficio de tal o cual cosa».

—Usted no puede faltar, desde luego.

—Hombre, verá usted... No me encuentro bien del todo. Pero, desde luego, en espíritu estaré con ustedes.

—Muy bien: ¿qué quiere usted para su espíritu? ¿Butacas o palco?—



Aviso a los músicos malos

Si es usted malo, no se desespere, porque hay una providencia que paga en efectivo metálico. He aquí el ejemplo edificante del señor Leo Daniderf. Sobre la conciencia del señor Leo pesaba la acusación de haber compuesto unos cuplés muy malos. A consecuencia de eso, cobraba unas liquidaciones misérrimas en la Sociedad de Autores.

Pero un día, cuando don Leo se asoma a la ventanilla del simpático cajero de la Sociedad de Autores, en vez de cobrar sus cuarenta o cincuenta francos que pagaba la gente idiota para cantar sus canciones, cree ser víctima de un error atroz: el empleado le da un abultado fajo de billetes de a mil.

—¿Cuánto hay aquí? —Ochenta y cuatro mil francos— dijo el cajero con aplomo. —Sin duda, usted se equivocó, señor— objetó Leo, que aunque malo, era honrado.

El cajero replica, con ese aire insolente de las personas que detrás de una ventanilla se sienten inmunizadas:

—No sea usted tonto. No hay error. Charlie Chaplin ha incluido su canción «Je cherche après Titine» en «Tiempos modernos». El lo canta y lo baila. Y como este film se proyectará en todo el mundo, usted vendrá a recibir un promedio de cien mil francos cada trimestre.—

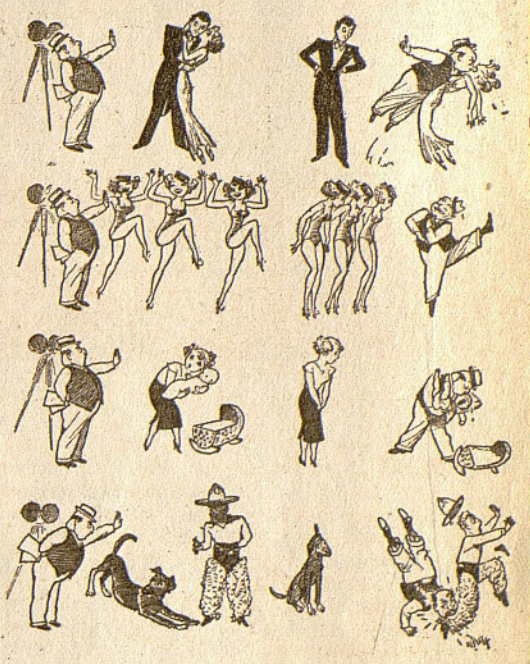


¿Ya sabe usted ese chiste?

El chiste favorito de Lynne Overmann es el de la madre que, hablando de su hija que regresa a casa por las madrugadas haciendo eses, dice:



Una barbería ambulante. El peluquero, que parece va a degollar a William Welman hará negocio, porque cuando toque el turno a los últimos los habrá salido la barba. (Foto M. G. M.)



El director: —¡Fíjense bien, ¡Así se hace!— (De «The Humorist».)

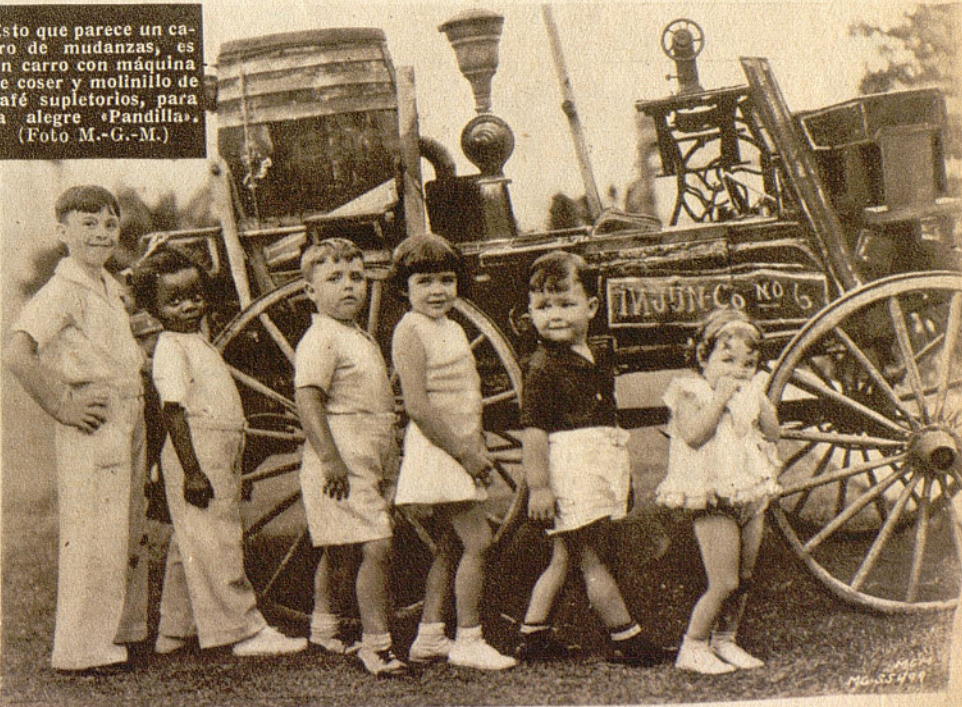
—Estoy segura que mi hija no bebe, porque todas las mañanas se levanta con mucha sed.—



Se regala un magnífico perro danés

El conocido director Alexander Hall no encuentra quien le acepte un perro danés que le regaló un amigo. El magnífico can pesa ochenta kilos y, entre otras bicocas, se come, diariamente, tres kilos de carne picada.

Esto que parece un carro de mudanzas, es un carro con máquina de coser y molinillo de café supletorios, para la alegre «Pandilla». (Foto M.-G.-M.)



Modelos de bañistas de bolsillo. El teléfono sirve de comparación. Ellas son Rosina Lawrence y June Lang de la Fox.



GRUPOS DE ESTRELLAS



Clark Gable, Spencer Tracy, Robert Taylor y William Powell saliendo de los estudios para dirigirse al restaurante. La diversidad de trajes se debe a que cada uno trabaja en una producción diferente. (Foto M.-G.-M.)



Franchot Tone, Jean Harlow, Cary Grant y George Fitzmaurice, descansando durante el rodaje de su nueva producción. (Foto M.-G.-M.)



De izquierda a derecha: James Stewart, el productor Jack Cummings, Eleanor Powell, Sid Silvers, el director Roy del Ruth, Una Merkel, Dase Gould, director de baile, Frances Langford y Buddy Ebsen, ensayan juntos un número de baile para un nuevo film musical. (Foto M.-G.-M.)

Marsha Hunt... agradablemente sorprendida por la presencia a la fiesta de celebración de su cumpleaños de un grupo compuesto de primeros actores que han colaborado con ella en diversas películas... De izquierda a derecha: John Howard, Paul Kelly, Leif Erickson, Marsha, Larry Crabbe, Kent Taylor y Johnny Downs. (Foto Paramount.)

Robert Young, Barbara Stanwyck y Gene Raymond que aparecen juntos en un próximo film, dando un paseo por los jardines del estudio de la Radio.



Que Shirley Ross es muy guapa, está a la vista. Lo de la indumentaria es para despi-
tarnos, pero no logra su objeto. Todos esta-
mos de acuerdo en considerar cuán rica és.

(Fotos Metro.)

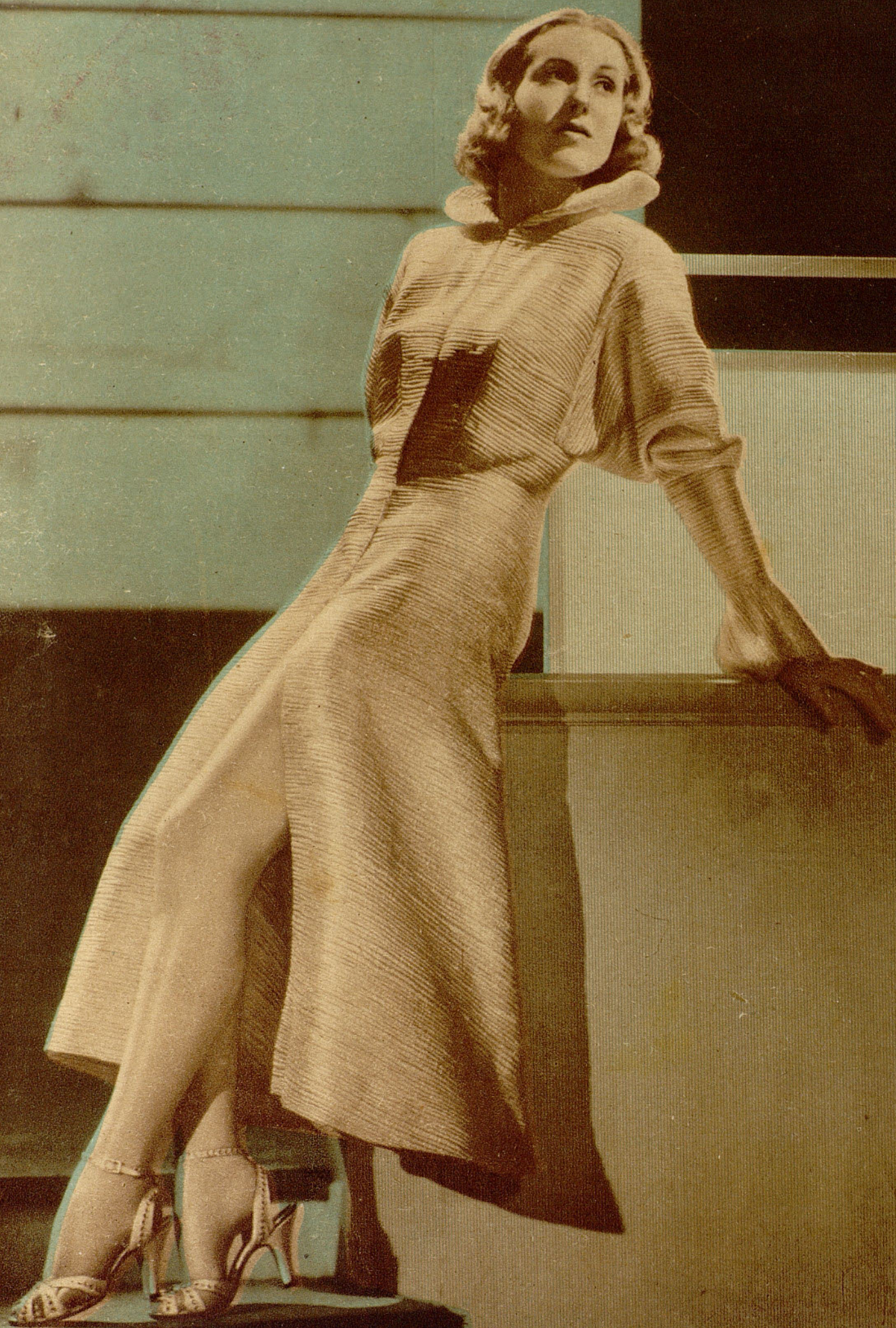


Contrastes



Young, Barbara
Gene Raymond
cen juntos en
no film, dando
por los jardines
de la Radio





JUDITH BARRET. (Foto Universal.)